

La inmediata realidad que se nos revela al contemplar la obra de Pedro Soler, es la extraordinaria coherencia con que se enlazan la temática trazada y su expresión plástica.

Y si nos sumergimos un poco más en la evidencia del artista reconoceremos, uno tras otro, los tres protagonistas de su obra: nosotros, la noche y la poesía.

Nosotros, en la situación y la anécdota, en el ambiente que establece el tiempo y el margen del movimiento. Nosotros, porque el individuo emerge de la masa abigarrada, de la que participa, con su propio e irrepetible rostro y porque en esa suma de elementos consigue la difícil y dolorosa disgregación de las facetas. De aquí y allá reúne los dispersos caminos de toda clase de actitudes y destina un instante y un color para emplazarnos en él. Irremediablemente.

La noche, en el pulso y la sensación. O, más bien, el no-día, la luz inacabada, muriendo o por nacer, a medio camino de todo. Aquí una muerte en el alba, aquí un alba en la muerte. Así es el difuso momento y así también el color y el espacio, esa semioscuridad cálida del ocre – que a veces se enfría y azulea a fuerza de metales – sobreponiéndose a los destellos rojos y blancos que pugnan por su lugar en la vida.

Y la poesía desprendida, respirada, de esos solitarios personajes que son parte de la tierra, de una tierra asumida y contemplada, entrañable, de la que Pedro Soler extrae la universalidad del gesto sin renunciar a la raíz del origen.

Nosotros, la noche y la poesía, tres reflejos de la misma luz, mezclados en una paleta, contruidos y destruidos a cada instante en un lenguaje que hiere y escucha, que espera frente al espectador, por igual, la respuesta y la pregunta.

Porque Pedro Soler es uno de nosotros.